

Socialismo y proyecto nacional

Carlos Ominami

Más de medio siglo de historia real ha hecho perder al socialismo su capacidad de evocar el paraíso en la tierra. Al perder su virginidad, el socialismo ha dejado de ser algo evidente. No nos cabe si no vivir *el socialismo como problema*. Este es el sentido profundo del proceso de *renovación socialista*.

Como si la práctica histórica del socialismo fuese una dimensión aislada, independiente de sus conceptos centrales, algunos creen poder exorcizar los males del socialismo real mediante la simple adjetivación: *socialismo democrático*. La adjetivación es sin lugar a dudas sugerente. Sin embargo, en ausencia de una explicitación de sus contenidos esenciales, se corre el riesgo de caer en una mera alucinación semántica.

Nada podría ser peor que una renovación trunca. Quien hace revoluciones a medias cava su propia sepultura, decía Saint-Just. Otro tanto puede decirse de las renovaciones. En verdad, una renovación a medias puede ser fuente de graves tensiones entre ideología y realidad. Los principales peligros que enfrentamos son de dos tipos: la *esquizofrenia* y el *oportunismo*. Ambos tienen su origen en la existencia de un *doble discurso*.

Al parecer, la única forma de superar el dilema anterior consiste en abandonar la ortodoxia que propone entender la realidad como el terreno de aplicación de una verdad revelada que se plasma en un *modelo* previamente definido: el socialismo. A esta ortodoxia es posible oponer la noción de *práctica socialista* de transformación, orientada por aspiraciones sociales mayoritarias.

La idea de práctica socialista es ajena a todo fundamentalismo y no se reconoce en un proyecto de vocación milenaria. Parafraseando al propio Marx, podría decirse que el socialismo "no es para nosotros ni un estado que debe ser creado, ni un ideal sobre el cual la realidad se debiera ajustar, Nosotros llamamos socialismo al movimiento que abole el estado actual". Desde esta perspectiva, el socialismo ya no es más un fin o un modelo, sino que simplemente un *proceso* que se propone la superación del orden capitalista.

De igual forma, la aproximación a la realidad varía radicalmente. La idea que puede ser pensada como campo de aplicación de un modelo, cede paso a su representación *como punto de partida de un proceso abierto que hace del socialismo una búsqueda permanente*.

Así las cosas, la definición en abstracto de un *punto de llegada* pierde

significación, puesto que el futuro no puede ser pensado sino como el desarrollo de tendencias ya constituidas en el presente. De ahí entonces, la importancia de enfatizar el *punto de partida* y la orientación general que se pretende imprimir al proceso; esto es, los contenidos de la práctica socialista. En las condiciones de Chile, el punto de partida no puede ser sino el reconocimiento de la profundidad de la crisis nacional.

Mucho se ha escrito sobre las diferentes dimensiones de la crisis nacional: política, social, económica e incluso moral. Existe igualmente consenso en que las raíces de esta crisis algo tienen que ver con las sucesivas *planificaciones globales* que se vienen intentando desde hace más de 20 años. En rigor, más que responsabilizar a las planificaciones por su carácter global (planificaciones más parciales podrían haber sido todavía más caóticas), lo que está en cuestión es la precariedad y la estrechez de las alianzas sociales en las que se han sustentado. Desde este punto de vista, la esencia de la crisis nacional remite a una intensa *crisis de hegemonía* que en la actualidad está todavía lejos de haber sido resuelta.

Es este diagnóstico el que torna indispensable el impulso de un *proyecto nacional* como única opción para resolver la crisis. Se entiende

por tal un proyecto cuyos contenidos esenciales sean capaces de generar un amplio consenso que permita eliminar la amenaza cierta de desintegración nacional. La naturaleza de los contenidos del proyecto nacional no es definible *a priori*. De hecho, pueden existir varios proyectos nacionales. De otra forma, habría que asumir la existencia de un *destino nacional* (a la manera del discurso militar), perfectamente imposible de precisar. En las actuales condiciones del país, es sin embargo factible pensar en que se genere un amplio consenso en torno a dos cuestiones claves: la *democracia* y el *fin de las exclusiones*. Si así no fuera, la idea misma del proyecto nacional debiera ser desechada y resignarnos a un enfrentamiento del tipo *clase contra clase*.

Énfasis del socialismo

De acuerdo a lo anterior, el socialismo debiera poder entenderse como una *particular propuesta de proyecto nacional*. Es decir, como una respuesta específica (necesariamente habrán otras) a la *demanda democrática* y a la *demanda por participación*. Se hace así posible y más aún necesario postular el socialismo *aquí y ahora*, asumiendo su pertinencia frente a las exigencias del presente y no de un futuro remoto. Esta parece ser la forma de

Socialismo y propiedad capitalista

Pío García

superar la visión esquizofrénica de la política que resulta de la escisión entre las exigencias grises de la cotidianeidad y la exaltación desenfrenada de la utopía.

A menudo se argumenta que en las condiciones en que quedará el país luego de la dictadura, "el socialismo tendrá para largo", que "el socialismo no será para mañana ni pasado". Ese "pesimismo" de la inteligencia es en verdad menos agudo de lo que parece: su aceptación de la derrota antes de haber librado batalla responde a la lógica de la modelística socialista. Es cierto, en el Chile post-dictatorial no existirá ninguna posibilidad de construir un socialismo en los términos en que tradicionalmente este se concibe: dictadura del proletariado, socialización a ultranza de los medios de producción. Distinta puede ser la situación si pensamos el socialismo ya no como la aplicación de ese modelo pre-establecido, sino que como un cierto tipo de respuesta a las principales demandas existentes. De esta forma, la política socialista puede encontrar eco impulsando soluciones incondicionalmente inspiradas en los principios de justicia social y máxima igualdad en la distribución de las oportunidades y el poder en todas las esferas.

Resulta así que los énfasis del socialismo debieran ser sobre todo políticos y sociales. *El socialismo puede encontrar su razón de ser en la ampliación sistemática de las libertades (en todos los terrenos) y la participación social.* Es en esos campos donde los márgenes de maniobra del país son más importantes. No ocurre sin embargo lo mismo con la economía, en un país pequeño y subdesarrollado como el nuestro. Naturalmente, no se infiere de ahí la necesidad de renunciar a definir los contenidos económicos del socialismo. En este ámbito la identidad del socialismo puede construirse en torno a una propuesta que articule tres cuestiones claves: *la transformación de las relaciones laborales, el aumento de la producción y la productividad por racionalización de las estructuras productivas y la socialización de excedente.* (X)

Hace poco, a propósito de las reformas recientes en su país, un economista oficial chino comentó: "En el pasado, hubo muchos malos entendidos sobre el socialismo."

El socialismo, al menos a partir de Carlos Marx, es la organización de una sociedad de transición a la sociedad sin clases. El planteamiento de Marx no entraña, por cierto, una previsión definida sobre la temporalidad histórica del socialismo en cuanto período de transición. Su obra relaciona en cambio el tránsito a la sociedad sin clases con la realización efectiva de dos procesos conjugados, en los que reside medularmente el socialismo.

Marx constató en efecto, rigurosamente, que el socialismo requiere el ejercicio del poder del Estado para establecer la propiedad social de los medios de producción. En palabras del *Manifiesto*, para irlos "arrancando gradualmente a la burguesía".

En la concepción del marxismo, esta "apropiación de los medios de producción por la sociedad" conduce a la supresión de las clases y la expresión de su antagonismo en la realidad del Estado, divorcio burocrático coercitivo entre el poder público y la sociedad. Supone por tanto, a la vez, la constitución de un nuevo tipo de Estado, o "semi-Estado"; "que ya no es tal en sentido estricto", basado en la creciente gestión democrática hasta producir su extinción o la "reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil", como dirá después Gramsci.

Cuando en 1917 se produjo la revolución en Rusia, la dirección bolchevique presumía que la construcción del comunismo ocurriría en cortos años. Todavía en 1959, para el vigésimo congreso del PCUS, junto a denunciar los crímenes del estalinismo, Nikita Krushev sostuvo "viviremos en el comunismo".

Después del octubre ruso, fracasaron sin embargo los sucesivos intentos de reeditar la conquista del Palacio de Invierno y la revolución proletaria no se extendió a Europa. Más tarde, la crítica del estalinismo no alteró los regímenes políticos del campo soviético; por el contrario, los intentos de reforma han sido aplastados militarmente en Hungría, Checoslovaquia y Polonia. Los partidos de la socialdemocracia europea avienen la democracia política y la economía capitalista con base en su desa-

rollo relativo. En los regímenes que se definen por el socialismo surgidos en los países dependientes se reproducen rasgos que desvirtúan su contenido democrático. Entre la diversidad de socialismos existentes hay conflictos abiertos, guerras e invasiones.

¿Qué es pues, en nuestra realidad contemporánea, el socialismo? Ha habido, en efecto, demasiados malos entendidos. Teóricos y prácticos; tantos, que habría que completar el axioma, aquel de que *no hay acción revolucionaria sin teoría revolucionaria.*

El marxismo estableció que el desarrollo de la historia tiene su fundamento en las condiciones materiales de producción, pero no se desenvuelve como consecuencia mecánica de la economía, sino de la capacidad de acción política de las fuerzas sociales que expresan sus contradicciones y modifican a su vez la base material: primacía de la política.

El socialismo no equivale a la extensión de la propiedad estatal (que de hecho, en la economía capitalista, se amplía o disminuye según los intereses de la burguesía). No se reduce a la expropiación estatal de los medios de producción ni se resuelve con su imposición generalizada. El capitalismo se ha gestado durante siglos de un cruento proceso de expropiación de "la propiedad privada fruto del propio trabajo" por la "propiedad privada capitalista, basada en la explotación del trabajo ajeno", que genera luego la tendencia a su expropiación por la propiedad monopólica del gran capital financiero e imperialista. Sobre esta base procede el socialismo a la constitución de la propiedad social a lo largo también de un proceso histórico, ciertamente no exento de contradicciones, que se combina con la mantención de la iniciativa y formas de propiedad capitalista en tanto contribuyen al desarrollo productivo en interés nacional y colectivo de los trabajadores. Lo decisivo en el curso socialista es la extensión de la democracia y la mantención del consenso activo requerido para asegurar su continuidad política.

En nuestro país, ante las demandas de garantías para la propiedad capitalista, el socialismo no tiene otra respuesta que ofrecer que no sean la claridad de sus convicciones, la solidez de sus planteamientos programáticos y su consecuencia democrática, fundada en la libre expresión de la soberanía nacional. (X)